

XI DOMINGO ORDINARIO/A 2008

Muchas veces hemos leído en la Biblia como Dios eligió Israel entre todas las naciones de la tierra para hacerlo su pueblo. Hemos leído como él hizo cosas maravillosas para liberarlos de Egipto y conducirlos a la Tierra Prometida. ¿Pero, por qué Dios eligió a los Israelitas? ¿Cuál era el objetivo para el cual él los eligió? Todas las lecturas de este domingo tratan de contestar estas preguntas, cada una a su propio modo, mostrándonos la intención de Dios al elegir a Israel y lo que esto significa para nosotros hoy.

La primera lectura describe el espíritu de la Alianza que Dios hizo con Israel en el desierto. Para hacer que Israel cumpla con el respecto de esta alianza, Dios les recuerda lo que él hizo liberándolos de Egipto y como él tuvo cuidado de ellos como un padre lo hace con sus hijos. En aquel tiempo, Dios les prometió tener cuidado de ellos como una posesión personal, y hizo de ellos un reino de sacerdotes y una nación santa. Pero toda esta bendición tenía un precio, a saber que Israel debería escuchar a la voz del Señor y guardar la alianza.

Como parece, la razón por la que Dios eligió Israel era de hacerlos, en medio de otras naciones, un pueblo destinado a la gloria de su nombre y portadores de su santidad. Como tal, la elección de Israel tenía intención de servir como un ejemplo a otras naciones de modo que ellas puedan ver a través de Israel como Dios quería que fueran, y lo que ellos deberían hacer a fin de mantener la relación con él.

A causa de los pecados repetidos de Israel, este objetivo nunca fue conseguido completamente. Por eso, cuando llegó el tiempo, Dios envió a su Hijo Jesús al mundo para salvarnos. Dejando a su Hijo morir en la cruz para nuestra salvación, Dios demostró cuánto él nos ama. Es lo que San Pablo nos explica en la Carta a los romanos.

Para San Pablo, en efecto, el amor de Dios no es un amor sentimental, pero bastante desinteresado y gratuito. La grandeza de este amor es vista en la muerte de Jesús para nuestra salvación. El argumento que San Pablo desarrolla aquí es muy simple: sería bastante difícil conseguir a alguien para morir por una persona justa. Quizás, puede resultar que alguien puede tener el coraje para morir por una persona buena. Pero lo que es extraordinario con Jesús es que él murió por nosotros cuando éramos todavía pecadores y en un estado de hostilidad con Dios.

Por aquella razón particular, nuestro estado con Dios se ha cambiado. Nosotros estamos justificados ahora por la sangre de Cristo y reconciliados con Dios. Por consiguiente, nuestros pecados nunca serán capaces de destruir el amor de Dios. Podríamos abandonar a Dios, pero él nunca nos abandonará. Gracias a Jesús, nos traen en una relación justa y nueva con Dios aun cuando somos todavía pecadores. ¡De ser así, deberían de estar agradecidos con Dios por lo que ha hecho por nosotros en su hijo Jesús! ¡Cuán agradecidos deberíamos estar por el amor que Dios nos tiene!

Es este amor el que mueve el corazón de Jesús en el Evangelio de hoy al ver la miseria de la gente. Jesús siente compasión por ellos, porque nadie tiene cuidado de ellos. Cada uno está ocupado de su propio negocio e interés sin preguntarse acerca del destino del resto

de las multitudes. ¿Podría la gente tener hambre, estar enferma, oprimida y abusada, pero a quién le importa?

Jesús vio a la gente en su miseria como un plantío listo para ser cosechado y almacenado. Esta es la razón por la cual él envió a sus discípulos para ir y ministrar. Dondequiera que la misma situación de la miseria de la gente sea encontrada hoy, Jesús siente la misma compasión y quiere que nosotros, sus discípulos, actuemos y pongamos fin a todo esto. Aquí encontramos uno de los desafíos de la vida cristiana, a saber que estamos llamados para cambiar la faz de la tierra, y traer paz, alegría y sanación a aquellos en la angustia.

Esto significa también que la cosecha nunca será arrancada a menos que haya cosechadores que lo cosechen. Jesús quiere que el mundo oiga la buena nueva del Evangelio y sea sanado. Pero la gente nunca escuchara a menos que otros lo digan y lo hagan. Nuestro deber como cristianos es hacerse cortadores de Cristo para nuestros hermanos y hermanas. Cada uno de nosotros debe hacerse un trabajador para lograr gente para Dios. Para esto, tenemos que orar, pero al mismo tiempo tenemos que tomar acciones concretas a fin de realizar esta misión.

¿Quiénes son estos apóstoles a los que Jesús envió? Ellos eran personas muy ordinarias, pero llamadas para hacer cosas extraordinarias. De hecho, Jesús eligió a estos hombres no sólo por lo que ellos eran, sino también por lo que ellos eran capaces de hacer bajo su dirección y poder. Del mismo modo, Jesús ve en cada uno de nosotros no sólo lo que somos, sino también lo que él puede hacer de nosotros. Nunca deberíamos pensar que no tenemos nada para ofrecer a Jesús, porque Jesús puede tomar lo que la gente más ordinaria ofrece y lo usa para la grandeza de Dios.

Antes de concluir, déjeme recordar la recomendación que Jesús hizo a los apóstoles; den de gracia lo que de gracia han recibido. ¿Qué significa este? Esto significa que el sirviente del Señor nunca debe estar demasiado preocupado por cosas materiales. Pero, al mismo tiempo, la gente de Dios nunca debe fallar en su deber de cuidar de aquellos que sirven a Dios. Este pasaje pone una obligación sobre el ministerio de la Iglesia y sobre el pueblo de Dios.

Ahora puedo terminar rindiendo homenaje a estas maravillosas personas que siempre dan lo mejor de ellos sino costo, especialmente nuestros padres. De hecho, cada uno de nosotros, somos quien somos ahora porque nuestros padres aceptaron realmente sacrificios por nosotros. Que Dios bendiga a nuestros padres, vivos y muertos, y los llene de bendiciones. ¡Que Dios les fortalezca para que puedan seguir cuidando de sus hijos. ¡Que todos los sacrificios que hacen por sus niños sean cosechados el día de la cosecha final para el bien de su vida eterna!

Éxodo 19, 2-6; Romanos 5, 6-11; Mateo 9, 36-10, 8

Fecha de Homilía: el 15 de junio de 2008

© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Póngase en contacto: www.mbala.org

Nombre de Documento 20080615homily.pdf